

## Caín y Abel

Cuando pecó el primer hombre *Adam*, y fue expulsado del Paraíso, se convirtió en el Señor de la tierra, en el Amo de la tierra, en el dios de la tierra<sup>1</sup>.

En todo el capítulo 4 del Génesis, *Yavhé*<sup>2</sup> no se refiere al Señor Dios, sino al Señor de la tierra, a *Adam*.

A Dios hay que llamarlo con pleno derecho el Señor (*Adonai*, *Yavhé*), pero cuando se refiere a Él solo, como Creador del Universo, como el que tiene todo el Poder en el cielo y en la tierra. Pero no puede ser usado en vano sin la referencia a Dios.

En el capítulo 2 del Génesis, se usa *Yavhé* pero seguido del nombre de Dios, *Elohim*, como un término compuesto. Este uso es correcto y no produce confusión en la lectura. Ese *Yavhé* es *Adonai*, el Señor, que es Dios mostrando su Poder (*Elohim*).

Pero en todo el capítulo 4, sólo se emplea la palabra *Yavhé* sin la referencia a Dios. Se usa un término simple que no siempre se refiere a Dios. Sólo el contexto y la diferente escritura hacen comprender de qué Señor se está hablando.

Eva, cuando engendra a Caín, exclama: «*He adquirido un varón del Señor (Yavhé)*» (Gn 4, 1). Este Señor no se refiere al Señor Dios (*Yavhé Elohim*), sino a *Adam*, al Señor de la tierra.

Eva, cuando se refiere a Dios, no lo llama el Señor, sino Dios, *Elohim*<sup>3</sup>:

<sup>1</sup> «¿Por qué Dios me habrá prohibido tener relaciones con el árbol salvaje? Me ha generado a mí y después de mí a esta bella Niña... Dios dijo que si tenía relaciones con ella seguiría la muerte de mi especie. Pero mi semen es semilla de vida, no de muerte... Dios también dijo: "creced y multiplicaos y poblad la tierra". Ahora, he crecido, estoy en edad de poder reproducirme y no quiero esperar tantos años a que crezca también esta Pequeña para que me dé hijos... Me ha constituido *Adham* (es decir, el "Dominus-Terrae", el "Patrón de la tierra"), por lo tanto, Él manda en el cielo y yo soy el Patrón en la tierra, el Señor, el dios aquí sobre la tierra... Y para alcanzar mi fin haré como Dios: yo no iré a buscarla, sino que ella misma vendrá espontáneamente en su estación, esa del amor, vendrá a mí» (Don Guido Bortoluzzi – La causa de la tentación, n. 166).

<sup>2</sup> El nombre «Yahvé» (YHWH) significa «el que Es». Representa el Nombre propio de Dios. Los hebreos traducían *el que Es* por el hebreo *Adonai*, el Señor. Ex 3,13-14: « Si voy a los israelitas y les digo: El Dios (= Elohim) de vuestros padres me ha enviado a vosotros; cuando me pregunten: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Dijo Dios (= Elohim) a Moisés: **Yo soy el que soy**. Y añadió: Así dirás a los israelitas: '**Yo soy, yo soy**' me ha enviado a vosotros».

<sup>3</sup> Dios es llamado *Elohim*, que es la forma plural de *Eloah*. *Eloah* es la prolongación de la raíz *El*, partícula que expresa negación en declaraciones enfáticas (2 Re 3, 13), en prohibiciones (Gn 15, 1), en súplicas (Gn 18, 3), pero que es usado para significar el poder. El hombre es impotente para hacer algo: «... *no hay poder (El) en tu mano*» (Dt 28, 32). El hombre entra en una mujer con el poder de su sexo: «... *después entrarás (El) a ella y serás su marido...*» (Dt 21, 13). **Elohim** es Dios que está en la Trinidad, que aparece hablando consigo mismo, que manifiesta una pluralidad de personas: «**Hagamos al hombre a nuestra imagen, a modo de semejanza**» (Gn 1,

«Podemos comer del fruto de los árboles del jardín; mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho **Dios** (= Elohim): "No comáis de él, ni lo toquéis, no sea que muráis» (Gn 3, 3).

Eva concibió del primer hombre un hijo, al que llamó Caín (Cf. Gn 4, 1). Pero, la primera Mujer concibió, del primer hombre, otro hijo, al que llamó Abel.

«Y ella añadió<sup>4</sup>, dando a luz un hermano de él, Abel». (Gn 4, 2).

La primera Mujer añadió, a la obra del primer hombre, otro hijo, Abel, que significa vanidad. No tenía que haberlo hecho, pero era todavía pequeña cuando el hombre cometió su pecado con Eva, y vivía bajo el gobierno absoluto de *Adam*. El hombre entró en ella cuando su cuerpo alcanzó el tiempo de la fertilidad.

Caín era un alma sin la gracia divina, en un cuerpo hibridado y con un espíritu humano. Ese cuerpo hibridado estaba poseído por el demonio: era movido por el espíritu del mal. Caín era un hijo del hombre por generación natural.

---

26). «He aquí al hombre hecho como **uno de nosotros...**» (Gn 3, 22). Y que se muestra con Poder (El), como Rey (Yavweh) Soberano (El): «El Dios (El) de los Dioses (Elohim), el Señor (Yavweh)...» (Salm 50 (49), 1).

<sup>4</sup> **וַיִּשְׂרָף** son dos palabras: **1) ו** = y **2) שָׂרַף**, verbo de la raíz **סָרַף**, que significa, en su forma **QAL**: **1)** Añadir (1 Sam. 12:19). **2)** Volver a hacer algo (2 Rey. 19:30). En su forma **NIFAL**: Añadirse, unirse a (Exo. 1:10). En su forma **HIFIL**: **1)** Añadir (Gén. 30:24; 1 Rey. 2:23). **2)** Persistir (Isa. 1:5). **3)** Volver a hacer algo, continuar (Gén. 8:10; 25:1). En su forma **HOFAL**: Ser añadido (Dan. 4:33/36). Muchos exegetas unen este verbo con el siguiente **וַיִּלְדֵּהּ**, parir, dar a luz, traduciendo así: de nuevo, otra vez, ella dio a luz. Significando que ella está procediendo, está continuando su concepción: ella continuó su maternidad, que comenzó en Caín, dando a luz un nuevo hijo. Pero es necesario separar los dos verbos. "Añadir" y "parir" **no están unidos** por el adverbio acusativo "de nuevo", "todavía". No se está diciendo: "ella añadió de nuevo y parió un hijo". No es como cuando la cananea Sue concibió de Judá: «Ella concibió de nuevo (וַיִּלְדֵּהּ) y parió un hijo» (Gn 38, 5). "Concebir" y "parir" están unidos por "de nuevo". En nuestro versículo no aparece la partícula "de nuevo". Los dos verbos están separados y, por lo tanto, cada uno señala una acción diferente en la frase. Generalmente, se traduce como "concebir de nuevo" pero sin el verbo infinito "concebir": «Volvió a parir» (Nacar- Colunga); «Y otra vez parió a su hermano Abel» (Scio); «Otra vez dio a luz y tuvo a Abel» (Straubinger); «Y volvió a parir, al hermano suyo: Abel» (Septuaginta); «Y parió después al hermano de éste, Abel» (Amat). Este es el error que conduce al unir en la frase los dos verbos. En el versículo no se está hablando del verbo "concebir", sino del verbo "añadir", "continuar", "volver a hacer algo". Es un verbo separado del verbo "parir", que cumple su función: ella añadió, continuó, volvió a hacer, repitió en ella la obra que el primer hombre hizo en Eva, que era concebir un hijo. Pero ella **no concibió de nuevo**. Sino que ella **añadió** una concepción de la misma forma que concibió Eva: del primer hombre. Ella **continuó** la obra del primer hombre. Es la acción del hombre el sujeto principal en los dos versículos: el hombre entra en dos mujeres, las conoce, y ellas conciben y dan a luz dos hijos. Todo gira alrededor del varón, no de las mujeres. Ella añadió (otro hijo al primer hombre) y parió un hermano de Caín, Abel. Por lo tanto, este "ella" se refiere a otra mujer distinta de Eva, la primera Mujer.

Abel era un alma sin la gracia divina, en un cuerpo puro y con un espíritu humano. Ese cuerpo puro era movido por el Espíritu Divino. Abel era un hijo de Dios por generación natural, no por adopción. Nació sin la gracia, porque su padre había cometido el pecado original, con el cual perdía para todos<sup>5</sup> los hombres la gracia, los dones y los carismas del Espíritu Santo. Sin embargo, al tener un cuerpo puro, no mezclado con otro cuerpo, podía ser movido por el Espíritu Divino, y así alcanzar la gracia en su alma.

*«Fue Abel pastor<sup>6</sup>»* (Gn 4, 2c).

Abel era un niño de tres<sup>7</sup> años, que se dedicaba a criar pollos y a dar a su padre los huevos que recogía en el gallinero.

Caín y Abel ofrecían al *Señor de la tierra*, a su padre *Adam*, sus frutos y lo mejor de los primogénitos de los ganados (cf. 4, 3). Ellos daban culto<sup>8</sup> al primer hombre, no a Dios.

El autor de la Carta de los Hebreos muestra muchos ejemplos de fe, comenzando por Abel:

*«Por la fe, Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín, a causa del cual fue declarado justo, dando testimonio a sus ofrendas; y por medio de ellas habla aún después de muerto»* (Hb 11, 4).

---

<sup>5</sup> El C. Tridentino (D 789): *«Si alguno... afirma...que Adán manchado por el pecado de desobediencia transmitió a todo el género humano solamente la muerte y las penas del cuerpo, y no en cambio también el pecado... sea anatema»*.

<sup>6</sup> *«Se me dijo que ahí estaba el gallinero que estaba al cuidado del niño, que poco antes de ser asesinado había recogido los huevos para llevárselos a su papá. El niño era criador, limitándose a su edad, no de ovejas, sino de pollos»* (Don Guido Bortoluzzi - Séptima revelación, n. 235).

<sup>7</sup> *«... veo aparecer...un niño de dos o tres años, vivaz en sus movimientos, todo desnudo, rosa, rollizo, de cara bellísima y de cuerpo perfecto. Hizo un gesto con las manos como para levantar un peso y ofrecerlo al hombre»* (Don Guido Bortoluzzi - Sexta revelación, n. 214).

<sup>8</sup> *«Era una Mujer... alrededor de los dieciocho años... Cuando llegó a donde estaba el hombre, se agachó. Al principio parecía que caía de rodillas... Esperaba que el hombre le diese la mano, pero no se movió. Ella se levantó sola y se sentó. Comprendí entonces que la joven Esposa había hecho la doble genuflexión delante del hombre, como había visto hacer a los cachorros ancestros y a la madre de Ella, cuando Ella era aún pequeña»* (Don Guido Bortoluzzi - Sexta revelación, n. 216). *«Cuatro cachorros de la misma especie se mueven a gatas en torno a una pequeña criatura humana, rosa y graciosa... de edad, un año y medio o dos... Me pareció que el machito más grande le enseñaba a los otros a girar alrededor de la Niña y, pasándoles delante, a hacer la genuflexión doble con reverencia profunda... El cachorro más grande... hace una genuflexión doble y reverencia profunda delante del joven y después delante de la pequeña criatura humana»* (Don Guido Bortoluzzi - Segunda revelación, n. 199). *«La hembra blanca y sin pelo (Eva) hace la genuflexión doble y la reverencia profunda delante del joven y obliga a la hembra negra a repetir la ceremonia»* (Don Guido Bortoluzzi - Segunda revelación, n. 201).

El sacrificio de los hijos de *Adam* no se podía hacer a Dios porque no existían los sacerdotes. Fue hecho a su padre, porque reconocían en él su dependencia. Abel era todavía un niño inocente, que ofrecía a su padre sus frutos. Y los ofrecía sin maldad. No conocía a Dios, porque hasta el nacimiento de Enós no «*se comenzó a invocar el Nombre del Señor*» (Gn 4, 26). Su padre se constituyó en centro de la vida para sus hijos, sin enseñarles a buscar a Dios. No se puede hacer un sacrificio a Dios sin invocar Su Nombre.

El sacrificio que Abel hizo a Dios no fue una ofrenda «*de los primogénitos de su rebaño y de la grasa de los mismos*» (Gn 4, 4), sino su propia vida.

Abel fue declarado justo por el Señor por la ofrenda de su vida:

«... *para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías...*» (Mt 23, 35).

Abel es justo porque derramó su sangre inocente en sacrificio a Dios, no porque ofreció unos dones a su padre *Adam*.

«*A causa del cual fue declarado justo*»: el sacrificio por el cual el Señor Jesús lo declara justo fue el que ofreció a Dios antes de morir a manos de su hermano Caín: su vida inocente.

Por un bien que hizo a su padre, fue matado por su hermano Caín. Pero Abel es justo<sup>9</sup> por su muerte inocente, no por su ofrenda a su padre.

Por su muerte, su sangre derramada clama<sup>10</sup> a Dios.

La ofrenda que hizo Caín a su padre no fue perfecta, porque iba movida por el premio. Al no conseguir de su padre lo que él pensaba que se merecía, resolvió matar por envidia:

«*He aquí el primer homicidio, fruto de la envidia*» (1 Jn 3, 12).

Al primer hombre le agradó más la ofrenda de su hijo Abel. Esto significa una predilección humana sobre Abel.

---

<sup>9</sup> «*Abel, sacrificado en la abundancia del deseo del alma, fue santificado, y, en cambio, Caín, repudiado, pues por el odio la carne ahogó al espíritu*» (Hildegard Von Bingen - Visión quinta, XIV).

<sup>10</sup> «*Vi allí al espíritu de un hombre muerto acusando, y su lamento subía hasta el cielo, gritando y acusando. Entonces pregunté a Rafael, el Vigilante y el Santo, que estaba conmigo: "¿De quién es este espíritu que está acusando que se queja de tal modo que sube hasta el cielo gritando y acusando?". Me respondió diciendo: "Este es el espíritu que salió de Abel, a quien su hermano Caín asesinó; él lo acusa hasta que su semilla sea eliminada de la faz de la tierra y su semilla desaparezca del linaje de los hombres"* (El libro de Enoch – capítulo 22, 5-7)

Si las ofrendas se hubieran hecho a Dios, entonces no cabría acepción de personas, sino que se habrían dado las razones por las cuales se aceptaba o no las ofrendas.

*«... no hay acepción de personas en Dios, sino que en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto» (Act 10, 34b- 35).*

Ofrecer los *frutos de la tierra* y los *primogénitos del ganado* son obras buenas humanas en los hijos de *Adam*, pero no señalan ni el temor de Dios ni la obra de la justicia en sus almas. Estas obras no son un sacrificio agradable a Dios, sino sólo al hombre. *Adam* escogió la obra de su hijo Abel, es decir, hizo acepción de personas. No miró la intención de cada uno de sus hijos cuando daban esas ofrendas. Sólo se fijó en el sentimiento humano que sentía hacia uno de sus hijos.

Por esta acepción de personas en su padre, Caín monta en ira:

*« ¿Por qué motivo estás enojado<sup>11</sup>? ¿Y por qué está demudado tu rostro<sup>12</sup>?» (Gn 4, 6).*

Estas preguntas revelan que no es el Señor Dios quien habla a Caín.

Dios nunca muestra al alma directamente su pecado, sino que la va llevando para que ésta vea su maldad y la manifieste, como lo hizo con *Adam* y Eva en el Paraíso:

*« ¿Dónde estás?... ¿Quién te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol de que te prohibí comer?... ¿Por qué has hecho eso?» (Gn 3, 9.11.13).*

El primer hombre suelta su discurso a su hijo Caín, y le pone en evidencia su pecado. No tiene ningún tacto cuando pregunta a su hijo. Ve en el rostro de su hijo la turbación, y lo encara sin mostrarle ningún amor ni ninguna misericordia.

Caín ofreció a su padre sus frutos, pero buscando una recompensa en ello, porque así su padre se lo había enseñado:

*« ¿No es cierto que si obras bien, serás recompensado...?» (Gn 4, 7a).*

No se hace una oblación a Dios, que es siempre con el objetivo de expiar el propio pecado, si la persona busca una ganancia en ese tributo. Sólo se hace una ofrenda al padre, porque se busca su agrado, su premio, su mirada personal.

Su mismo padre le enseñaba la obra del pecado, pero no le corregía de su pecado:

---

<sup>11</sup> Literalmente: ¿Por qué resoplas? ¿Por qué se enciende la ira en ti? ¿Por qué estás enfurecido?

<sup>12</sup> Literalmente: ¿Por qué cae tu semblante? ¿Por qué decaes en tu mente? ¿Qué pensamientos negativos hay en tu mente? ¿Por qué piensas mal? ¿Por qué te postras ante esos pensamientos malos? ¿Por qué los has aceptado?

«¿No es cierto que si obras bien, serás recompensado; pero si no obras bien, a la puerta<sup>13</sup> el pecado permanece<sup>14</sup>? Pero contra su deseo tú debes dominarlo» (Gn 4, 7-8).

Si obras bien, hay premio; si obras mal, el mal permanece. Y hay que dominarlo.

El primer hombre, que ha visto el pecado de su hijo en su rostro, no hace justicia con él. Sólo le dice lo que ya sabe su hijo. Dios nunca obra así. Dios siempre obra su justicia cuando el alma muestra su pecado. *Adam* deja a Caín en su pecado. No le ayuda a luchar en contra de éste ni lo castiga. Consecuencia: «... se alzó Caín contra Abel, su hermano, y lo mató» (Gn 4, 8).

La respuesta a esta acción de Caín señala la obra del hombre, pero no la acción divina. Quien habla es el hombre, no Dios: «... maldito serás de la tierra...» (Gn 4, 11).

Dios maldice la tierra y al demonio<sup>15</sup>, pero nunca maldice a un hombre hasta que no ha llegado a la perfección de su pecado<sup>16</sup>. Dios no maldijo al primer hombre por su pecado, a pesar de que su razón, su inteligencia, no estaba oscurecida por la ignorancia o el error. El primer hombre cometió un pecado horrible al unirse con Eva, pero no obró la perfección de un pecado perverso. Por lo tanto, no cayó en la maldición, como lo hizo Lucifer en su pecado.

Caín es el fruto del pecado de *Adam*: un hijo para el demonio. Caín «era de la raza del Maligno y asesinó a su hermano» (1 Jn 3, 12a). Caín no era un *hijo de Dios*, sino un *hijo del hombre*: el primogénito del primer hombre. Un hijo buscado en la voluntad humana de pecar.

En Caín, su inteligencia humana estaba en un cuerpo hibridado, es decir, sometida a la ignorancia, al error, a las dudas, a los temores. La obra de su pecado era siempre imperfecta. No podía realizar un pecado perverso por sí mismo, como el de Lucifer. No poseía esa inteligencia perfectísima en el mal.

Matar a su hermano Abel no alcanzó la gravedad del pecado de su padre, cuando se unió a Eva. Fue más perfecto el primer hombre en su pecado que Caín en el suyo. Por

---

<sup>13</sup> Literalmente: a la entrada. Como grabado en el alma, como apertura hacia el mal, el pecado permanece.

<sup>14</sup> Literalmente: se recuesta, se extiende, reposa, se asienta, es como una guarida de fieras.

<sup>15</sup> «Maldita serás entre todos los ganados y bestias del campo...» (Gn 3, 14)

<sup>16</sup> Un hombre se convierte en maldito cuando constantemente se aparta de la Voluntad de Dios: «Los malditos, que se desvían de tus mandamientos» (Sal 118,21). Todo hombre tiene en la vida una elección: «Pongo hoy por testigos contra vosotros al cielo y a la tierra: te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida...» (Dt 30, 19). Si escoge la muerte, acabará como un maldito. «La maldición de Dios está sobre Satanás, y quien sigue deliberada y conscientemente a Satanás está bajo la maldición de Dios» (Conchiglia, 18 de julio del 2003).

eso, el culpable del pecado de Caín es su padre *Adam*, que por su desobediencia al mandato divino es la primera causa de todos los males y del desorden en el mundo.

Por lo tanto, su padre no puede maldecir a su hijo en la obra de su pecado. Él es la causa primera de la muerte de su hijo Abel. Él es más culpable que su hijo Caín. El autor del pecado es Caín. Caín es responsable de su pecado, pero era un alma que no tenía culpa de haber nacido en un cuerpo hibridado, movido constantemente por el espíritu del mal. Sin embargo, era libre. Sin la gracia en su alma, eligió libremente la obra del pecado para su vida.

Caín, siendo el *hijo del primer hombre*, seguía la mente de Satanás en su vida humana: *era de la raza del Maligno*. Sus obras se convirtieron en perversas: eran el fruto de la mente del demonio. Por eso, Caín mató a su hermano Abel: «*¿Por qué razón le asesinó? Porque sus obras eran perversas, y las de su hermano, justas*» (1 Jn 3, 12b).

Pero la culpa de esa perversión está en su padre, en el primer hombre. Al maldecirlo y desterrarlo de la tierra contribuye más al pecado de Caín.

El primer hombre ha engendrado un hombre animal, que vive de sus instintos, que es movido constantemente por el espíritu del mal. No puede dejarlo ir sin causarle un mal mayor: «*Insoportable es mi castigo... cualquiera que me encuentre me matará*» (Gn 4, 13.14).

No sólo el primer hombre engendra un cuerpo híbrido, sino que impide la gracia en el hijo que ha engendrado. El alma de Caín sólo se puede salvar junto a su padre *Adam*. Su padre quiso ese hijo, lo ha buscado. En su mente está la formación de una nueva humanidad al margen de Dios. Si ha buscado a su hijo Caín sin la ley divina, en el pecado, es una clara injusticia echarlo de su casa. Tiene que cargar con las consecuencias de su pecado, tiene que ser responsable de su pecado. Sin embargo, claramente el primer hombre muestra, en la maldición de su hijo, que él no se arrepintió de su pecado y que, por lo tanto, vive siendo un dios en la tierra, haciendo injusticias a su propia familia.

El primer hombre, en la muerte de su hijo Abel, se levanta contra Dios, le echa la culpa de su muerte, eligiendo no tener más descendencia de la Mujer:

« Su mirada hacia el sol que moría y su gesto<sup>17</sup> me pareció similar al de Juliano, el Apóstata, que extendió el puño de sangre coagulada hacia el cielo diciendo: ¡Ganaste, oh Galileo!... *¿Por qué no lo cuidaste? Sin embargo, era hijo legítimo. ¿No quieres que sobrevivan? ¡Por lo tanto, no los tendré más!*».

---

<sup>17</sup> El primer hombre extendía su mano llena de esperma hacia el cielo recriminando a Dios por la muerte de su hijo Abel. «*Él había desatado su faldón por el lado izquierdo y con la derecha... creía que maniobraba una función fisiológica para no mojarse... Pero se entretenía demasiado con esa mano... Ahora has visto qué cosa ha hecho el hombre*» (Don Guido Bortoluzzi – Séptima revelación, n. 237).

